de reconocerla por tal persona. Pues estas joyas celestiales bien las podía mostrar la Santa, porque todos cuantos la conocían, veíanla otra, y muy adornada de sólidas virtudes; y la que antes era ruin, honrosa, y amiga de pasatiempos, sentíase, después que el Señor comenzó á hacerle mercedes, animosa para el bien, y despreciadora de las cosas del mundo, y aun de sí misma. Mal camino parece llevaba el demonio para perderla, tomando por medio desarraigar imperfecciones, y plantar heróicas virtudes.

CAPÍTULO X.

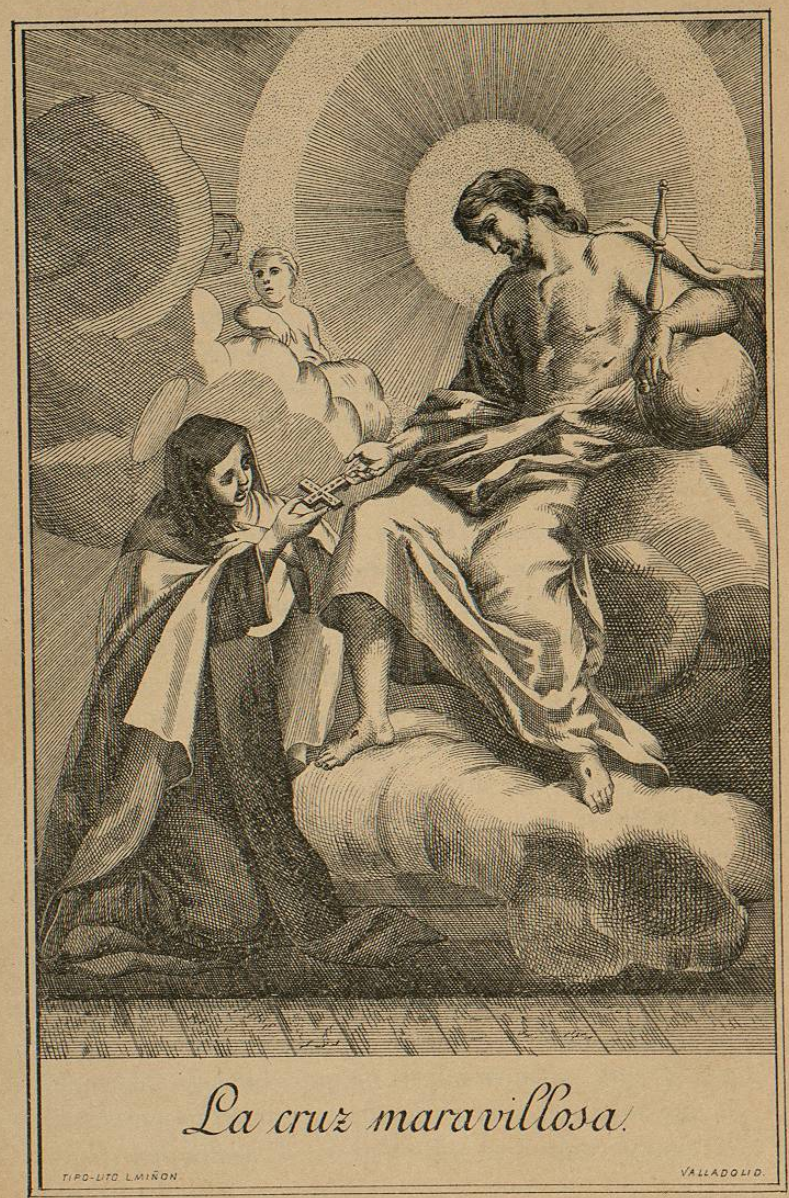
Contradicción que padeció la Santa de parte de los buenos. —Ordénala un confesor que se santigüe en las visiones, y dé higas.—Toma el Señor la cruz que traía Teresa, y se la entrega transformada en cuatro preciosos diamantes. —Siente la llaga del amor divino.—Efectos que éste causa.—Traspasa un Serafín con dardo encendido el corazón de Teresa.

Fué providencia del Señor que la Santa tropezase en este tiempo de inquietud y de prueba con el P. Baltasar, que aunque algo irresoluto en su parecer, era de gran virtud, y la animaba sin cesar á seguir adelante, y respondía con mucha paciencia á los que le decían que se guardase de ella, y tuviese por cierto ser cosa del demonio. Parece permitía Dios se cegasen los entendimientos, aun de los buenos, para que no viesen la verdad, y atormentaran con sus díceres y dudas á la humildísima Teresa. Había algunos que, con el fin de probarla más y más, hacíanla repetidas preguntas en cosas de espíritu, á las que de

buena fé, y al descuido contestaba ella como el Señor le daba á entender. Los que la oían tomaban su sinceridad y franqueza por diferente intención, y parecíales poca humildad, y que se tenía por sabia, y con todo iban al confesor, que de aquí tomaba motivo para reprenderla. «Bastantes cosas había, dice la Santa, para quitarme el juicio; y algunas veces me veía en términos, que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos á una mujercilla ruin y flaca como yo, y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores» (1).

Cuando no podía confesarse con el P. Baltasar, hacíalo con otro Padre de la Compañía, el cual como espantado de las mercedes recibidas, cada vez más extraordinarios, comenzó á decir que sin duda era demonio. Y como en el tiempo que la confesaba teníala rendida á su obediencia, mandóla que, en teniendo alguna visión de las que solía, se santiguase, y diese higas, que era una manera de burla y desprecio que se hacía, poniendo la mano en cierta postura irrisoria. Causábale esto de dar higas grandísima pena, porque no podía dudar ser Dios el que se le mostraba; y aunque la hicieran pedazos, no estaba en su mano el determinarse á creer fuese demonio, cuando gozaba de la visión. Acordábase de las injurias que los judíos habían hecho á Jesucristo, y era excesivo tormento para su alma, escarnecer de aquella manera al Rey de los cielos, que la recreaba y enriquecía de virtudes. Mas como en todo procedía por obediencia, consolábala su Majestad, diciendo que no recibiese pena, pues le era gratísimo su obedecer; que él daría trazas para que al fin se entendiese la verdad. Sin embargo; cuando la

(1) Vid, c. XXVIII. n. 13.



La cruz maravillosa.

TIPO-LITO L. MIÑON. VALLADOLID.

quitaron la oración, mandándola que no se retirase á la soledad, y que procurara andar ocupada en otras cosas, mostróse muy enojado, y dijo que aquello ya era tiranía, y así se lo dijese á los que tal la ordenaban.

Por no santiguarse tantas veces, solía traer una cruz en la mano; y en una de las visiones, queriéndola manifestar el Señor la estima que hacía de su heróica obediencia, tomósela con la suya, y al tornársela á dar, encontróla Teresa formada de cuatro maravillosas y hermosísimas piedras, muy más preciosas que diamantes, con las llagas de Cristo impresas de muy linda hechura. Díjole su Majestad que en aquella forma la vería en adelante, y así se cumplió en efecto, porque siempre apareció á su vista, no la madera de que estaba fabricada, sino con estas cuatro hermosísimas piedras (1).

Cuanto más se empeñaban en apartar á la Santa del camino de oración sobrenatural y extraordinario en que el Señor la ponía, mayor era el crecimiento de las mercedes; y en queriéndose divertir por obediencia, no salía de oración, y esto era en tanto extremo, que aun durmiendo parece se veía en ella. No estaba en su mano, aunque mucho lo quería y procuraba, dejar de pensar en Dios, á cuyos ojos aparecía cada vez más hermosa. Poco tiempo después de estas pruebas de obediencia, que tan crueles eran para el agradecidísimo corazón de la Seráfica Carmelita, encendióse tanto en su pecho el fuego del amor divino, y con ímpetus tan vehementes, que no cabía en sí, y parece se le arrancaba el alma, y desearía morir por unirse más íntimamente con la misma vida. En estos ímpetus de amor y

(1) Dicha cruz traíala Teresa colgada del rosario, y estaba hecha de cuatro piezas de ébano. Cuando murió, procuróla para sí con mucho disimulo su hermana Doña Juana de Ahumada, y por medio de ella ha obrado el Señor varios milagros.

dulce pena, veía algunas veces como un Serafín, puesto á su izquierda, la hería con dardo encendido hasta pasarle el corazón, pareciendo que al sacarle llevaba tras sí las entrañas, dejándola toda abrasada en amor. «Era, dice la Santa, tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento. Los días que duraba esto, andaba como embobada; no quisiera ver, ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado» (1).

Aludiendo á esta maravillosa transverberación, compuso Teresa los siguientes versos, inspirados por el amor divino, que el dardo encendido causaba en su corazón.

En las internas entrañas
Sentí un golpe repentino:
El blasón era divino,
Porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fuí herida,
Y aunque la herida es mortal,
Es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.
Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida, ¿cómo muere?
Cómo sana cuando hiere,
Y se ve con él unida?

(1) *Vid.*, c. XXIX., n. 11 y 12.

Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance,
Sale triunfando del lance,
Obrando grandes hazañas.

¡Oh qué es ver una alma herida de amor! Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo con algunas penitencias, y no se sienten más, ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y trazas para hacer algo que duela por amor de Dios; mas es tan grande la pena que siente por su amado, que no basta para mitigarla el tormento corporal. Cuando los santos se ven con esta llaga divina, quisieran despedazar sus cuerpos con rigores y penitencias. Todo cuanto hacen les parece nada, y buscan mil maneras de mortificaciones ingeniosas. Porque si los amantes mundanos no saben qué hacer por quien se encuentran apasionados; y no hay trabajo ni molestia que no sufran á trueque de agradar á quien aman, ¿qué han de hacer los enamorados de Dios, cuya bondad y hermosura son tan grandes, que no hay entendimiento creado que las pueda comprender? Siéntense atraidos hacia Dios, su objeto amado, con una suavidad y una fuerza, que este mundo les es insufrible cárcel, y tormento grande las cosas todas de la tierra; y ofrecen al Señor el vivir como el mayor de los trabajos, y ya que más no pueden, afligen su inocente cuerpo con ásperas penitencias. ¿Qué hiciera Teresa en estos arrebatos de amor santo, si la prudencia de los confesores no la detuviera? ¿Qué martirio se la pusiera delante que por Dios no abrazara? En medio de los hervores del espíritu, tomaba por remedio para mitigar su grandísima pena, las abstinencias y ayunos, el tormento de los rallos, y el rigor de las disciplinas.